

Migración y cambio social: algunas reflexiones conceptuales

Migration and social change: some conceptual reflections

ALEJANDRO PORTES
Princeton University (Estados Unidos)
red@princeton.edu

RESUMEN

Examinar las múltiples formas en que se relaciona la migración y el cambio social es una tarea de enormes proporciones. En primer lugar, se precisa definir qué es un cambio social y, de forma secundaria, delimitar el campo de análisis para estudiar ciertos tipos de migración y no otros. Ante esta iniciativa, los riesgos más grandes a los que nos enfrentamos son, primeramente, perderse en las generalidades de tipo «el cambio social es ubicuo» y, en segundo lugar, intentar cubrir el máximo de terreno posible hasta perder de vista las prioridades del análisis y las conexiones causales principales, en lugar de las secundarias. Trato de evitar estos riesgos mediante, primero, la discusión del concepto de cambio social; luego, la identificación de los tipos de migraciones que deben ser estudiados y, en tercer lugar, el estudio de los factores más importantes que unen uno al otro. Finalizo el trabajo con cuatro consideraciones teóricas y metodológicas sugeridas por el análisis, que más tarde podrían servir como referencia para futuros trabajos dentro de esta área.

Palabras clave: migración, cambio social, estructura social, cultura.

ABSTRACT

Examining the multiple ways in which migration relates to social change is a daunting task. It requires, first of all, defining what social change is and, secondarily, delimiting the scope of analysis to certain types of migration and not others. The greatest dangers that I envision in this enterprise are, first, getting lost in generalities of the «social change is ubiquitous» kind and, second, attempting to cover so much terrain as to lose sight of analytic priorities and of major, as opposed to secondary, causal linkages. I seek to avoid

these dangers by discussing first the concept of social change, second identifying the types of migration to be considered, and third examining the major factors that link one to another. I conclude the paper with four theoretical and methodological considerations suggested by the analysis that may guide future work in this field.

Keywords: *migration, social change, social structure, culture.*

CONCEPTO DE CAMBIO SOCIAL¹

Desde tiempos inmemoriales, pensadores y escritores de temáticas sociales se han dividido equitativamente entre aquellos que se centraban en la estabilidad y el orden, y los que dan una mayor importancia a la transformación². Entre los griegos, Parménides y los eleáticos se rechazaba la posibilidad de movimiento y se enfatizaba la permanencia y la unidad de los seres; mientras que la famosa metáfora del río de Heráclito ilustraba el ser como un eterno devenir (Maritain, 1960 y 1963).

Los pensadores escolásticos medievales concibieron de forma unánime el orden social terrestre como reflejo de los paraísos inmutables y, por lo tanto, de una nueva jerarquía natural en la que todos nacimos con un lugar y una vocación definidas, en la que cualquier trastorno creado por el hombre en relación con patrones y normas de conducta legitimados por el paso del tiempo, se juzgaba como una violación del diseño divino. La única sociedad posible era la que ya existía (Maritain 1963; Balmes 1961; Phelan 1969). Fue necesariamente a los pensadores de la Ilustración a quienes les tocó dejar a un lado la correspondencia exacta entre la sociedad celestial y la terrenal (un logro intelectual de gran importancia en aquellos tiempos) para empezar a contemplar la posible existencia de otras formas de organización de la vida en común. La Revolución Francesa, que podría decirse es el acontecimiento clave de la época moderna, mostró cómo podía llevarse a cabo poniendo estas ideas en práctica, al mismo tiempo que se deshizo de los derechos divinos tirándolos al basurero de la historia [Ortega y Gasset, 1985; Dobb (1947) 1963].

La Revolución Francesa cambió el curso del pensamiento social occidental, llevándolo del estancamiento al cambio. La disciplina de la Sociología, producto de la Ilustración, se encargó de analizar el proceso por el cual las sociedades europeas habían pasado del pensamiento teológico y filosófico al pensamiento científico (Comte), de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica (Durkheim), del *Gemeinshaft* al *Gesellschaft* y de la tradición a la modernidad (Simmel; Spencer). La Filosofía, y más tarde la Economía política, sufrieron una reorientación paralela pero con la diferencia de que, además de describir las etapas de la evolución social, como la mayoría de los sociólogos estaban haciendo, pensaron en sacar a la luz el mecanismo principal que explicaba el cambio histórico (Maritain, 1960, Ortega y Gasset, 1958; Mandel, 1978).

Los filósofos encontraron la clave en el concepto de dialéctica, donde la Idea reinante luchaba contra una emergente Anti-Tesis dando finalmente paso este enfrentamiento a una nueva síntesis que, por su parte, se convertía en hegemónica provocando *ad infinitum* una nueva tesis opuesta. Marx, formado como filósofo, adoptó esta idea hegeliana clave pero, más tarde, dio la vuelta a las propuestas de su maestro al decir que no se trataba de ideas sino de fuerzas materiales de producción que se chocaban constantemente, dando lugar a formas de organización económica y social nuevas, anteriormente inconcebibles [Marx (1848) 1964;

¹ Este artículo se basa en el discurso inaugural de la conferencia "Theorizing Key Migration Debates" en la Universidad de Oxford, 1 de julio de 2008. Mis agradecimientos para Eric Vickstrom, por su ayuda con la investigación bibliotecaria para este ensayo, y a Stephen Castles y Raúl Delgado-Wise por sus observaciones. También le doy las gracias a Andrés Tornos por inspirarme ideas que he buscado y he incorporado al trabajo. Sin embargo, la responsabilidad de los contenidos es exclusivamente mía.

² Traducido por Raquel Pilar Barraón García y María del Cueto Duclaud.

Dahrendorf, 1959]. El materialismo dialéctico se convirtió en el planteamiento teórico base de una escuela de pensamiento de Sociología y Economía política, influyente hasta ahora [Dobb (1947) 1963; Bourdieu, 1990; Merton, 1968].

Con la sabiduría que da la retrospectiva, podemos ver que el concepto de dialéctica, ideal o material, no es tanto un mecanismo causal maestro como una suposición meta-teórica llevada a un nivel de abstracción tan alto como para hacerla infalsificable. Por supuesto que es posible la construcción de narrativas dialécticas *a posteriori*, pero en una sociedad contemporánea es difícil especificar cuáles son la tesis y la antítesis, o cuando la síntesis, que no ha salido todavía a la luz, irrumpirá para hacerse visible. Por esta razón, las dialécticas hegeliana y marxista son, a fin de cuentas, «nociones sensibilizadas», perspectivas generales cuyo valor reside en subrayar ciertos aspectos de la realidad como dignos de tenerse en cuenta, pero sin identificar secuencias o mecanismos causales concretos [Weber (1904) 1949; Stinchcombe, 1968].

No será hasta la llegada de la Síntesis Parsoniana en el siglo XX cuando la Sociología pueda restablecer algo de equilibrio entre las teorías de estabilidad y cambio social y, en este proceso, volver a algunos de los temas del pensamiento escolástico medieval olvidados desde hacía mucho tiempo. Las variables patrones de Parsons repetían el consabido esquema del siglo XIX sobre las etapas de la evolución social pero, en esta ocasión, dividiéndolas en cinco subconjuntos, que irán desde la «adscripción-adquisición» hasta el «particularismo-universalismo» (Parsons, 1951). Sin embargo, la mayor parte de su trabajo fue crear una estructura conceptual isomorfa con la sociedad misma y donde el «mantenimiento de patrones» y «equilibrio» eran primordiales. En este sistema, el cambio social quedó relegado a un segundo plano, donde las transformaciones desde dentro sólo ocurrían de forma aumentativa y los *shocks* externos al sistema se enfrentaban de forma decisiva, para restablecer el equilibrio (Parsons, 1951; Parsons y Smelser, 1956; Coser, 1956; Dahrendorf, 1959).

Con la excepción del postmodernismo y otras corrientes nihilistas, mucho de la teoría social contemporánea consistía en un debate continuo entre los defensores del postmarxismo y los defensores del postparsonianismo o, lo que es lo mismo, de la lucha histórica que enfrenta, en épocas más recientes, a los representantes de las ideas de estabilidad con los que defienden el cambio (Collins, 1988; Bourdieu, 1990; Kincaid, 1996). Dejando estos debates a un lado, podemos preguntarnos qué nos han legado estas tradiciones ancestrales en cuanto a herramientas útiles para el análisis de los acontecimientos contemporáneos. En otras palabras, ¿qué hemos aprendido? En líneas generales, podemos resumir estas lecciones en cinco puntos:

1. La estabilidad y el cambio coexisten. Si bien es verdad que «el cambio es ubicuo», éste no podría acontecer si, en primer lugar, no hubiera nada tangible, es decir, ninguna estructura establecida que «cambiar».
2. Los orígenes del cambio son múltiples y no están limitados a las dialécticas internas del sistema social.
3. Los efectos del cambio social son también diversos. Se pueden organizar en una jerarquía de «microprocesos» que afectan a los individuos y a su entorno más inmediato; «mesoprocesos» que afectan a comunidades y regiones enteras; y «macroprocesos» que afectan a sociedades enteras e incluso al sistema global.

4. El cambio en cada uno de estos niveles tiene que ser priorizado de forma parecida en procesos que ocurren en la «superficie» y que sólo producen modificaciones mínimas en el orden social, y aquellos procesos que producen cambios en el núcleo del sistema, conocidos normalmente como «revolucionarios».
5. En el nivel visible de la vida social, la estabilidad se ve reflejada en las instituciones y organizaciones sociales existentes que están en su base. Los procesos de estabilización del cambio social más importantes consisten precisamente en la institucionalización de lo que de ello resulte.

Estos cinco puntos generales requieren de una explicación adicional.

ESTRUCTURA CULTURAL Y SOCIAL: UN MANUAL CONCEPTUAL

Tomo aquí prestado de trabajos publicados anteriormente la definición de instituciones y su posición en relación con otros elementos de la vida social (Portes, 2006; Portes y Smith, 2008). Lo hago para aclarar los diferentes niveles cualitativos en los que puede ocurrir el cambio social así como el alcance y las implicaciones de estas diferencias. Desde sus clásicos comienzos, la Sociología moderna desarrolló una distinción fundamental entre cultura y estructura social, consolidada a mediados del siglo XX. La distinción es analítica, ya que sólo los seres humanos tienen existencia real, pero es fundamental entender tanto los motivos de sus acciones como sus consecuencias. La cultura es el dominio de los valores, de los marcos cognitivos y del conocimiento acumulado. La estructura social es el dominio de los intereses individuales y colectivos, respaldado por diferentes cantidades de poder. Esta distinción simbólica proporciona las bases para analizar, en los múltiples contextos sociales, la diferencia entre lo que «debería ser» o «se espera que sea» y lo que en realidad «es» (Merton, 1963 y 1968a).

Los diversos elementos que componen la cultura y la estructura social pueden ser ordenados en una jerarquía de influencias causales que van desde los factores «profundos», normalmente ocultos bajo la vida social cotidiana pero fundamentales para la organización de ésta y los fenómenos «superficiales», más mutables y evidentes. La lengua y los valores son elementos profundos de la cultura, lo primero como instrumento fundamental de la comunicación humana, y lo segundo como la fuerza motivadora que está detrás de las acciones orientadas según principios, que se llevan a cabo tanto individual como colectivamente [Durkheim (1897) 1965; Weber (1904) 1949]. Los valores pertenecen a la cultura profunda porque rara vez se hace alusión a ellos en el transcurso de la vida diaria. Esto ocurre, en su mayor parte, como situación normal y los valores saltan a primera plana solamente en circunstancias especiales. Aun así se encuentran en la base, se infieren de los aspectos del comportamiento diario, que son lo opuesto al interés personal incontrolado.

Los valores no son normas y esta distinción es importante, ya que los valores representan principios morales, mientras que las normas son directrices concretas de acción [Newcomb *et al.*, 1965; MacIver y Page (1949) 1961]. Los valores son la base de las normas, que son las que prescriben qué hacer y qué evitar en la conducta individual del día

a día. Estas normas pueden ser formales y codificadas en constituciones o estatutos y leyes, o pueden ser implícitas y verse impuestas de manera informal. Por lo menos desde Durkheim [(1901) 1982], el concepto de «normas» ha sido utilizado para hacer referencia a este elemento represivo de la cultura. En la práctica, la importancia de los valores encarnados en las normas se ve reflejada en el grado de las sanciones que éstas conllevan. De esta manera, a los culpables de asesinato les espera la cadena perpetua o la pena de muerte, mientras que aquellos que intentan colarse en una fila pueden ser objeto de insultos y quejas [Cooley, 1902 y 1912; Simmel (1908) 1964; Goffman, 1959].

Las normas no son autónomas sino que están organizadas en paquetes conocidos como *roles*. Los roles se definen, en general, como la suma total de las pautas de conducta que obligan a las personas que ocupan una determinada posición social (Linton, 1945; Newcomb, 1950: capítulo 3). Las personas bien socializadas pasan de un rol a otro sin esfuerzo, y a menudo de forma inconsciente, como parte de su rutina diaria. Los planes normativos que constituyen un rol son, por lo general, lo suficientemente flexibles para que cada individuo lo represente a su forma; de este modo, el rol de «médico» o de «madre» puede ser representado de muchas formas distintas por diferentes individuos y seguir cumpliendo la norma prescrita.

Una gran cantidad de literatura, tanto de Sociología como de Psicología social, ha analizado los roles como los componentes básicos de la vida social y como uno de los conceptos esenciales que unen el mundo simbólico de la cultura con las estructuras sociales reales. Las mismas publicaciones han descrito tales dinámicas como el «conjunto de roles» desempeñado por determinados actores sociales así como el «conflicto de rol» o «la ambigüedad de rol» creados cuando la norma prescrita de los *rol sets* de un actor social entran en contradicción (Cottrell, 1933; Linton, 1945; Merton, 1957; Goffman, 1959, 1961; Goode, 1960). Junto con las expectativas normativas, los roles también engloban un repertorio de habilidades necesarias para que se desempeñen correctamente. El lenguaje es el componente fundamental de este repertorio puesto que, sin él, ninguna otra de las habilidades podría llevarse a cabo. Sin embargo, estos «kits de herramientas» culturales también contienen muchos otros elementos, desde conocimientos científicos y profesionales hasta comportamientos, formas de expresión, modales, y un «saber hacer» general adecuado a cada ocasión social. En la literatura sociológica moderna se hace alusión a estos elementos como conceptos de capital cultural o «repertorios de habilidades» (Bourdieu, 1979 y 1984; Swidler, 1986; Zelizer, 2005).

De forma paralela a los elementos que componen la cultura, están aquellos de la estructura social. Éstos no están constituidos por valores morales, ni las generalidades que surgen de ellos respecto a lo que hay que hacer y lo que se debe evitar, sino que están constituidos por la habilidad específica y diferenciada de los actores sociales para obligar a otros a hacer lo que ellos quieren. Éste es el terreno del poder que, como el de los valores, se encuentra en el nivel profundo de la vida social ejerciendo influencia sobre una gran variedad de consecuencias, aunque de diferentes formas. La definición clásica hecha por Weber del poder como la habilidad de un actor para imponer su voluntad a pesar de las trabas, todavía resulta adecuada puesto que destaca la naturaleza obligatoria y coercitiva de este elemento básico de la estructura social. No depende del consentimiento voluntario de los subordinados, y para que algunos de los actores y grupos lo tengan, otros deben ser excluidos del acceso

a los medios que otorgan poder [Weber (1922) 1947; Veblen (1899); Mills, 1959]. Mientras que los valores motivan o constriñen, el poder habilita. Lógicamente, las elites que controlan estos medios que otorgan poder tratan de estabilizar y perpetuar su posición moldeando los valores para que el conjunto de la población esté convencida de la «justicia» del orden existente. El poder así legitimado se convierte en «autoridad» por la que los subordinados aceptan su posición sin resistirse [Weber (1922) 1947; Bendix, 1962, capítulos 9 y 10].

En la definición clásica de Marx, el poder depende del control de los medios de producción, pero esta definición parece ser demasiado restrictiva en un mundo moderno postindustrial [Marx (1939) 1970 y (1967) 1967, parte VII]. El poder lo confiere también el control de los medios de producción y apropiación de conocimientos, así como el control de los medios de difusión de información y el control más tradicional de los medios para ejercer violencia [Weber (1922) 1947; Wright, 1980 y 1985; Poulantzas, 1975]. En la tradición marxista, la clase hegemónica es la que ha conseguido legitimar su control sobre los medios brutos de poder, convirtiéndose de este modo en la autoridad [Gramsci (1927-1933) 1971; Poulantzas, 1975].

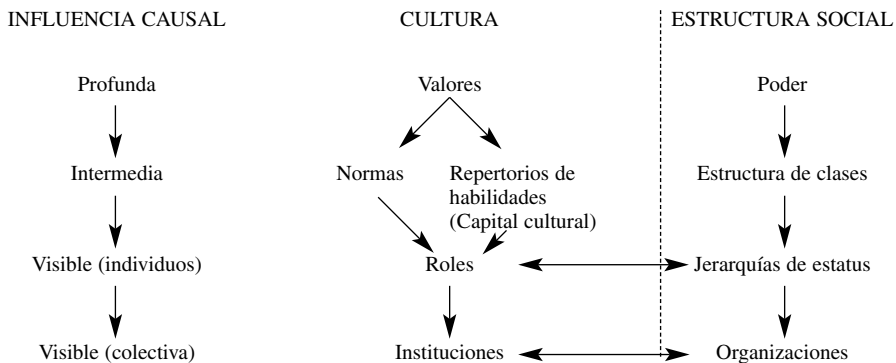
Así como los valores están plasmados en las leyes, los diferenciales de poder dan lugar a clases sociales (grandes conjuntos que dependiendo de si poseen o no recursos, tendrán diferentes oportunidades de vida y capacidad para influir sobre el transcurso de los acontecimientos). Para que sean operativas, las clases no necesitan ser subjetivamente percibidas por sus ocupantes, puesto que subyacen a la evidencia de que dentro de la sociedad, la gente está clasificada de acuerdo con lo que puede o no puede hacer, o bien por las posibilidades que tienen a la hora de lograr sus objetivos cuando se encuentran con resistencias (Wright, 1985; Wright y Perrone, 1976; Polantzas, 1975). La pertenencia a una clase está comúnmente asociada a la riqueza o a la ausencia de ésta, pero también está asociada a otros medios que otorgan poder como la pericia o las relaciones «adecuadas» con los demás (Hout *et al.*, 1993; Bourdieu, 1984 y 1990; Portes, 2000a). Como Bourdieu (1985) resaltó, las clases dominantes poseen, por lo general, un conjunto de recursos que incluyen no sólo la riqueza sino también los vínculos a la gente influyente (capital social), el conocimiento y el estilo para ocupar posiciones de alto estatus social (capital cultural).

Este carácter profundo del poder rara vez llega a la superficie de la sociedad puesto que, como se ha visto anteriormente, sus poseedores aspiran a legitimarlo en el sistema de valores para así obtener el consentimiento de los gobernados. Por la misma razón, la pertenencia a una clase no es del todo transparente y es un hecho, verificado repetidas veces por investigaciones empíricas, que los individuos con medios y oportunidades de vida muy diferentes se identifican, a menudo, como miembros de una misma «clase» (Hout *et al.*, 1993; Grusky y Sorensen, 1998). El poder legitimado (la autoridad) da lugar a una jerarquía de estatus sociales que, de hecho, es como la mayoría de los actores perciben la estructura de poder subyacente y como se clasifican ellos mismos. Por su parte, la jerarquía de estatus sociales se relaciona normalmente con el desempeño de roles ocupacionales definidos por grupos de normas y repertorios de habilidades distintivos [MacIver y Page (1949) 1961; Newcomb *et al.*, 1965: 336-341; Linton, 1945].

Estos elementos de la cultura y de la estructura social, situados en diferentes niveles de importancia causal y visibilidad, tienen lugar de forma simultánea y aparecen, a primera

vista, como una masa indiferenciada. Sin embargo, para poder entender correctamente el fenómeno social, incluyendo el cambio social, se necesitará una separación analítica. No todo son «restricciones en el comportamiento», como sostienen los populares análisis neoinstitucionalistas (North, 1990; Greif, 2006); algunos elementos limitan, otros motivan y otros más posibilitan. El esquema conceptual que hemos esbozado hasta ahora está resumido en la Figura 1. Como sugieren las citas que acompañan al texto, este esquema no es nuevo ni improvisado, sino que forma parte de un legado intelectual que data de los sociólogos clásicos y que hoy en día es frecuentemente olvidado.

FIGURA 1
LOS ELEMENTOS DE LA VIDA SOCIAL



Como se muestra en la Figura 1, generalmente los estatus sociales unidos a roles no se dan de forma aislada, sino como parte de organizaciones sociales. De forma rutinaria, los actores sociales se mueven dentro de organizaciones económicas y de otro tipo, que encarnan las manifestaciones más evidentes de las estructuras de poder subyacentes (Powell, 1990; DiMaggio, 1990; Granovetter, 2001). Las *instituciones* representan el plano simbólico para las organizaciones; son el conjunto de normas, escritas o informales, que regulan las relaciones entre quienes ocupan un rol dentro de las organizaciones sociales como la familia, los colegios y las otras áreas principales de la vida social: la política, la economía, la religión, las comunicaciones y la información, el ocio [MacIver y Page (1949) 1961; Merton, 1968c; North, 1990; Hollingsworth, 2002].

Esta definición de instituciones se acerca más al uso cotidiano del término, como cuando hablamos de los «planos institucionales». Sin embargo, su validez no depende de esta coincidencia sino de su utilidad analítica. La distinción entre organizaciones e instituciones existe para destacar un importante mecanismo del cambio social diario, que de lo contrario quedaría oculto. Sin duda, como Douglass North (1990) dice, «las instituciones importan», pero también están sujetas a lo que Granovetter (1985, 1992) denominó «el problema de la inserción social»; concretamente que los intercambios humanos que las instituciones buscan controlar y guiar afectan, a su vez, a las mismas instituciones. Es por esto que los objetivos

formales y las jerarquías institucionales prescritas se separan de la forma en la que las organizaciones funcionan en realidad (Dalton, 1959; Morrill, 1991; Powell, 1990). Sin esta separación analítica y sin la interpretación de que las instituciones y las organizaciones vienen desde los niveles de vida social más profundos, todo se convierte en una masa indiferenciada donde el reconocer que «las instituciones importan» no conduce más allá de afirmaciones descriptivas y, en el peor de los casos, a tautologías.

El debate de este apartado y el diagrama que lo acompaña, sirven para desarrollar los cinco puntos básicos citados anteriormente. En primer lugar, la jerarquía causal entre los diferentes componentes de la cultura y de la estructura social implica que aquellos factores que afecten a niveles más profundos, tendrán consecuencias más significativas a la hora de producir el cambio que aquellos que afecten a los elementos superficiales. Una revolución exitosa que dé la vuelta a la jerarquía de poder de un país o una profecía carismática que transforme su sistema de valores, tendrán implicaciones de mayor alcance que un decreto por el cual se constituya un nuevo ministerio gubernamental, una nueva prohibición de fumar en lugares públicos o un plan de estudios modificado en los colegios públicos. En segundo lugar, las instituciones cristalizan los procesos de cambio anteriores a niveles más profundos de la sociedad porque ellas representan las encarnaciones de los existentes arreglos de poder, clases sociales, valores y repertorios de habilidades.

En tercer lugar, como «planos simbólicos» de las organizaciones sociales, las instituciones están en tensión permanente con la realidad, de modo que si los que desempeñan un rol se rigen por reglas institucionalizadas, sus acciones e interacciones afectan también a esas reglas y de forma habitual modifican su carácter. Esta dialéctica entre las instituciones y las organizaciones que ellas gobiernan —el problema del encaje social— ocurre en la superficie de la vida social y tiende a producir cambios continuos y acumulativos. A este nivel, el cambio social es, en efecto, ubicuo. Sin embargo, centrarse exclusivamente en estos cambios y otros que ocurren en la superficie, hace olvidar la estabilidad continua de los elementos básicos de la cultura y de la estructura social, bastante alejados de ese nivel y mucho más resistentes al cambio.

CONCEPTO DE MIGRACIÓN

Una vez hecho este trabajo conceptual preparatorio, podemos pasar a la relación entre migración y cambio social. Desde luego la migración es cambio y, a su vez, puede conducir a transformaciones más profundas tanto en sociedades emisoras como receptoras. Aquí limito el alcance del análisis a la migración cuando se cruzan las fronteras de un país a otro, a pesar de que algunos de los puntos expuestos a continuación pueden aplicarse también a desplazamientos domésticos de larga distancia. Como forma de cambio, la migración internacional ha sido analizada como una consecuencia de un conjunto de causas diversas, tanto en los países de origen como en los receptores. Ya existen una serie de resúmenes de la literatura publicada sobre este tema (Massey *et al.*, 1998; Portes y Rumbaut, 1996; Sassen, 1988), por lo tanto resultaría redundante repararlos aquí en detalle. Es suficiente con hacer una lista de las escuelas más importantes que han avanzado hipótesis sobre este tema:

- El enfoque neoclásico, basado en un cálculo individualista de los beneficios y los costes de los posibles futuros migrantes (Borjas, 2001; Thomas, 1973).
- El enfoque de la «nueva economía», basado en el concepto de la privación relativa y en el especial hincapié que hace en las estrategias familiares para superar las imperfecciones del mercado capitalista en las regiones emisoras (Stara, 1991; Massey, 1990).
- La perspectiva del sistema mundial, fundado en los conceptos de penetración estructural y «desequilibrio» de las áreas periféricas que crean las condiciones para los desplazamientos en masa hacia el exterior (Portes y Walton, 1981; Sassen, 1988; Alba, 1978).
- El enfoque de las redes sociales, basado en los conceptos de «dependencia de trayecto» y los costes decrecientes de la migración. Estos conceptos son menos utilizados para explicar los orígenes de las migraciones que para explicar su continuación a través del tiempo (Tilly, 1990; Anderson, 1974; Castles, 2004).

Como una *causa* del cambio, la migración ha sido analizada desde una perspectiva cultural que enfatiza su potencial para la transformación normativa y desde una perspectiva estructural que subraya su importancia demográfica y económica. Hay diferentes niveles en los estudios sobre el cambio y se centran en el micronivel de los individuos y las familias, el mesonivel de las comunidades y las regiones, y el macronivel de los Estados nación y la economía global (Massey *et al.*, 1998; Portes, 1999). Así como el punto de vista del análisis varía, también lo hace la *profundidad* de los procesos de cambio atribuidos a la migración. Puede ser que los efectos sólo toquen la superficie de la sociedad, afectando a algunas organizaciones económicas, expectativas de rol o normas. Por otro lado, pueden adentrarse profundamente en la cultura, transformando el sistema de valores, o en la estructura social, transformando la distribución de poder. Tales transformaciones profundas son exactamente lo que temen y de lo que siempre se han quejado los que están en contra de la inmigración en los países receptores (Grant, 1916; Brimelow, 1995; Huntington, 2004).

El poder que tiene la migración para provocar el cambio en las regiones o países emisores o receptores, depende de tres factores principales: (a) el volumen involucrado; (b) la duración del desplazamiento; (c) su composición de clase social. En lo que se refiere al primero, es evidente que los pequeños desplazamientos tienen poco poder para provocar cambio, rara vez va más allá de las vidas de aquellos que están implicados y de sus parientes directos; en el otro extremo están los «movimientos telúricos» en los que todo un pueblo va de un lugar a otro del mundo en busca de un futuro mejor, movimientos que pueden tener consecuencias dramáticas tanto en las regiones emisoras como en las receptoras. En diversos momentos de la historia de la humanidad, estos desplazamientos han redibujado el mapa social y demográfico mundial. Los movimientos prehistóricos que poblaron las Américas a través del Pacífico, las invasiones de los bárbaros que acabaron con el Imperio romano y rediseñaron el mapa europeo, el poblamiento de Canadá, Australia y otras colonias por los ingleses, la inmigración irlandesa a Norteamérica y a otros lugares, causada por la hambruna, a mediados del siglo XIX y el éxodo de los judíos a Palestina a mediados del siglo XX, proporcionan algunos de los ejemplos más dispares de estos desplazamientos [Braudel (1949) 1973; Perenne, 1970; Goldscheider, 1986].

Actualmente, en Estados Unidos y Europa, los temores que expresan quienes se oponen a la inmigración normalmente dibujan un «movimiento telúrico» similar que surge de los países más pobres de los tres continentes y que arrollaría a los sistemas sociales y a la cultura de los países desarrollados (Lamm e Imhoff, 1985; Brimelow, 1995). Estos miedos pueden contradecirse fácilmente con las cifras, puesto que hay poco más de 200 millones de migrantes en un planeta de seis mil millones de habitantes, de los cuales sólo una minoría se dirige a países desarrollados (Naciones Unidas, 2002); así como por la capacidad de las sociedades receptoras de impedir cambios drásticos, un punto al que volveré más adelante.

En lo que se refiere al segundo punto, los flujos circulares de corta duración tienden a producir un cambio menos duradero que los desplazamientos permanentes. Bajo determinadas condiciones, los movimientos cíclicos pueden «reforzar» las estructuras sociales existentes más que cambiarlas. Por ejemplo, esto puede ocurrir cuando las ganancias de los trabajadores que han migrado ayudan al desarrollo de las estructuras productivas rurales de sus países, afianzando de este modo su viabilidad a largo plazo (Stara, 1984). De forma similar, la migración de mano de obra temporal a Europa Occidental en los sesenta y los setenta ayudó significativamente a la expansión económica de la región, sin dejar una gran huella en las culturas o estructuras sociales europeas hasta que el final obligado del programa hizo que los trabajadores temporales pasasen a ser migrantes permanentes (Castles y Kosack, 1973; Hollifield, 2004).

La emigración permanente puede alterar significativamente la estructura demográfica de los países emisores, como cuando se despueblan regiones enteras. Los migrantes permanentes también pueden ejercer una mayor influencia en las regiones emisoras al debilitar los sistemas de producción locales y al cambiar la cultura hacia la consideración de la migración como el único camino normativo para una movilidad social ascendente (Lungo, 1999; Delgado-Wise, 2007). Una población inmigrante permanente y asentada de cualquier tamaño tendrá también un impacto más grande en la cultura y en la estructura social de las sociedades receptoras, como sucedió con la transformación de inmigración circular a permanente de turcos, marroquíes y argelinos a Europa Occidental y con el fin de la migración de mano de obra cíclica a través de la frontera entre Estados Unidos y México (preparando el camino para una población permanente no autorizada en Estados Unidos) (Castles y Kosack, 1973; Massey *et al.*, 2002).

Finalmente, el tercer factor —la composición de los flujos migratorios— afecta de forma inesperada al potencial de cambio de la migración. Uno puede alegar que los movimientos compuestos por personas con un capital humano mayor tendrían un impacto más grande en las sociedades receptoras debido a la mayor capacidad de dichos migrantes para expresarse y proteger sus rasgos culturales. De hecho, tiende a pasar lo contrario, porque los migrantes cultos tienen mayor flexibilidad y capacidad para adaptarse a las culturas receptoras, al ser frecuente que hablen con fluidez el idioma. Una mayor cantidad de capital humano se traduce en mejores oportunidades en el mercado laboral y una entrada más fácil en la corriente general económica de las sociedades receptoras (Hirschman y Wong, 1986; Portes y Rumbaut, 2006: capítulo 2).

Esto es, en parte, una de las razones por la cual la migración de profesionales se ve rara vez como un problema en las sociedades receptoras. Por el contrario, los flujos compuestos

por trabajadores con pocos estudios pueden tener un impacto más duradero debido al desconocimiento inicial de la lengua y cultura de los países receptores y a la tendencia, especialmente entre los migrantes de origen rural, de adherirse fuertemente a sus costumbres. Los flujos numerosos de trabajadores migrantes muchas veces dan lugar a concentraciones cultural-lingüísticas visibles, normalmente en las zonas pobres de las sociedades receptoras. Más tarde, estos «guetos» se convierten en objetivos claros para los nativistas que los describen como muestras tangibles de la inferioridad cultural o incluso biológica de los migrantes (Borjas, 2001; Brimelow, 1995).

Por último, los flujos compuestos por diferentes clases sociales —que incluyen migrantes con capital humano tanto alto como bajo— son más dados a crear enclaves étnicos institucionalmente completos en los países receptores. Esto es debido a que los inmigrantes cualificados son capaces de montar empresas utilizando a la masa de sus semejantes étnicos como mercado y como fuerza de trabajo (Wilson y Portes, 1980); por su parte, los inmigrantes menos formados encuentran en estas empresas étnicas una fuente alternativa de empleo e incluso un «mecanismo de capacitación» para aprender por ellos mismos los entresijos de la gestión de pequeños negocios (Zhou y Bankston, 1998; Bailey y Waldinger, 1991).

Los enclaves institucionalmente completos son la manifestación más visible del cambio ejercido por la migración en las sociedades receptoras. Sin embargo, la duración de tales formaciones varía significativamente. En Estados Unidos no suelen durar más de dos o tres generaciones porque el éxito de los empresarios inmigrantes impulsa a sus descendientes a mejores posiciones en la corriente dominante de la economía de los países receptores (Zhou, 1992; Portes y Shaffer, 2007). Según algunos informes, en Alemania y en otros países europeos los enclaves de inmigrantes parecen durar más (Esser, 2004).

El enclave arquetípico fue el que se creó en Nueva York por el éxodo judío de la Rusia zarista. A principios del siglo XX, casi dos millones de judíos rusos emigraron a América desde la Zona de Asentamiento donde habían sido confinados por el régimen zarista y donde fueron objeto de persecuciones continuas. A diferencia de los italianos y otros trabajadores migrantes de esta época, los judíos rusos pertenecían a diferentes clases. Entre ellos abundaban los artesanos y los comerciantes que utilizaron sus recursos para crear negocios propios, empezando como humildes vendedores ambulantes y subiendo escalafones de forma gradual en la jerarquía capitalista. A mediados de los años treinta, se había desarrollado al sureste de Manhattan un enclave judío institucionalmente completo, donde proliferaron las instituciones religiosas y culturales, prosperó la prensa étnica tanto en inglés como en yiddish, y donde el comercio de confección textil se convirtió en el «gran oficio de los judíos» (Risichin, 1962; Howe, 1976).

Unos cuantos años después, los hijos de estos ahora prósperos migrantes estaban literalmente adueñándose de las universidades de la Costa Este convirtiendo a la City University de Nueva York en el principal centro de sus aspiraciones educativas y profesionales. Por los años sesenta, el enclave judío era ya parte del pasado, pero los judíos de la tercera generación ya estaban por aquel entonces instalados en los niveles profesionales y comerciales más altos de la ciudad y tenían una educación y unos ingresos significativamente mayores que los de otros grupos étnicos, incluyendo a los anglo-estadounidenses (Dinnerstein, 1977; Sowell, 1981: capítulo 4).

Un ejemplo más actual es el del éxodo cubano a Miami. Al igual que el judío, esta inmigración estaba constituida por diferentes clases sociales y estaba liderada por personas pertenecientes a la antigua clase alta y media cubana que huía del régimen revolucionario castrista. Posteriormente, estratos más bajos de la sociedad cubana siguieron los pasos de las elites, agrupándose todos al sur de Florida. En pocos años, un enclave étnico empezó a formarse y a mediados de los noventa ya se había consolidado en un conjunto cultural, religioso y político, respaldado por más de 72.000 empresas propiedad de cubanos. Sobre el año 2000, los ingresos de los exiliados cubanos que habían llegado entre los años sesenta y setenta eran similares a los de los blancos nativos, y los ingresos de los cubanos dueños de negocios eran los mayores de la región. Los exiliados también tenían las mayores tasas de trabajo autónomo en comparación con las del resto de los grupos étnicos de la región. Los cubanos de segunda generación, aun teniendo también un promedio alto de ingresos, tenían tasas mucho más bajas de autoempleo, lo que era un indicio de que, al igual que la segunda generación de judíos, estaban abandonando el enclave para buscar movilidad en las profesiones de la sociedad dominante (Portes y Stepick, 1993; Stepick *et al.*, 2003; Portes y Shaffer, 2007).

El ritmo de ascenso cultural y político de los cubanos fue incluso más rápido que el de los judíos de Lower Manhattan. Hoy en día, el español se ha unido al inglés como idioma para los negocios y para la vida diaria en Miami. Los alcaldes de todas las grandes ciudades, incluyendo Miami y el condado de Miami-Dade, son cubanos, así como lo son los tres congresistas federales de la zona. La delegación de Miami en la asamblea legislativa del estado de Florida es casi en su totalidad cubana y está formada tanto por antiguos exiliados como por sus hijos.

CAMBIO INDUCIDO POR LA MIGRACIÓN

a. Sociedades receptoras

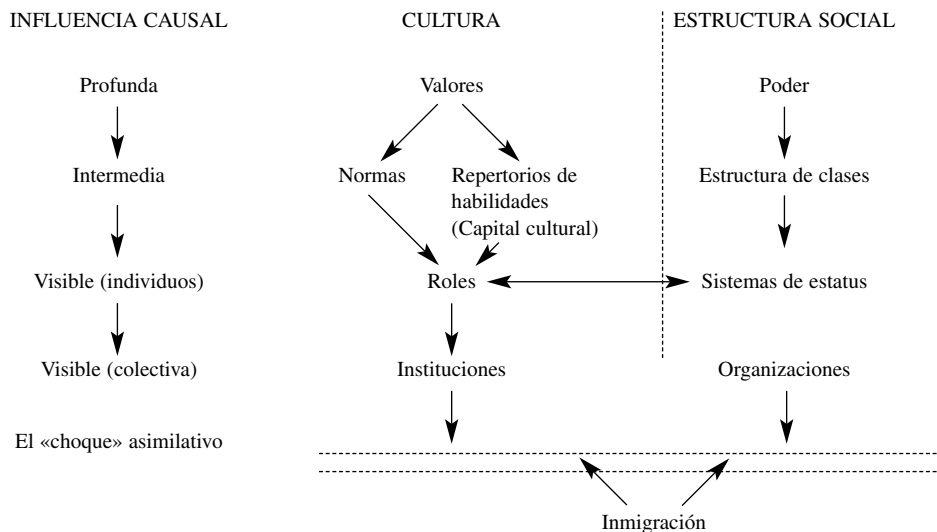
«La inmigración ha transformado Estados Unidos» es una frase frecuente en las publicaciones actuales sobre la inmigración. Como recurso retórico, no hay nada malo en estas declaraciones, pero ya es hora de considerar seriamente cuán precisas son. Desde un punto de vista más académico, Alba y Nee (2003) hablan de las formas en las que la inmigración «remodeló la corriente dominante estadounidense». ¿Es esto así realmente? En otras palabras, ¿ha transformado la migración elementos centrales de las sociedades receptoras? Si hacemos referencia a la jerarquía de elementos de la Figura 1, es evidente que el cambio social revolucionario requiere la «remodelación» del sistema de valores y la transformación de la estructura de clases de la sociedad. ¿Son capaces de conseguir esto los cambios inducidos por la migración?

Casi nunca. Es verdad, como muchos autores han afirmado, que una inmigración masiva puede transformar «la apariencia y los olores» de las ciudades, la composición étnica de las masas en el transporte público o, como Kasinitz *et al.* lo expresaron en un reciente estudio de la ciudad de Nueva York:

«Que la ciudad no tenga una mayoría étnica clara quiere decir que para nuestros encuestados de la segunda generación “no es nada del otro mundo” el tener padres inmigrantes. Pocas veces se sienten excluidos o exóticos. La mayoría de sus amigos están en la misma situación y, al fin y al cabo, todo el mundo viene de alguna otra parte» (Kasinitz *et al.*, 2008: 22).

Pero éstos son cambios a «nivel de calle». Los pilares fundamentales de la sociedad neoyorquina no se han visto alterados. Esto incluye el complejo legal/judicial, el sistema educativo, el predominio del inglés, los valores básicos que guían la interacción social y, sobre todo, la distribución de poder y la estructura de clases. Como se ve en la Figura 2, la migración masiva «empuja desde abajo» afectando a algunas organizaciones como las industrias que necesitan mucha mano de obra y los colegios públicos y forzando a algunos ajustes institucionales en este punto. Sin embargo, el potencial de transformación de la migración está limitado, en todos los niveles, por la existencia de una red de instituciones que son reflejo de profundas ordenaciones culturales y de poder. Estas ordenaciones dirigen a los migrantes a los lugares «adecuados» en el sistema de clases sociales y los educan, a ellos y a sus descendientes, en la lengua y los comportamientos culturales de la sociedad receptora. En esto consiste el proceso de asimilación.

FIGURA 2
MIGRACIÓN Y CAMBIO EN LAS SOCIEDADES RECEPTORAS



Llegados a este punto, es necesario distinguir entre la *importancia estructural* y el *potencial de cambio* de los flujos migratorios. Como mencionamos anteriormente, pueden ser importantes precisamente porque refuerzan las estructuras políticas y económicas dominantes sin dejar huella en el orden institucional existente. La migración de profesionales y técnicos puede adquirir una importancia estructural haciendo avanzar el desarrollo de las

industrias de alta tecnología; de la misma manera, los sectores que necesitan mucha mano de obra pueden llegar a ser estructuralmente dependientes de los flujos de trabajadores manuales (Saxenian, 2006; Roberts *et al.*, 1999; Cornelius, 1998). Estos movimientos ayudan a consolidar, y no a modificar, aspectos fundamentales de las estructuras culturales y de poder de las sociedades receptoras. Como vimos anteriormente, debido a su propio carácter temporal y precario, los movimientos cíclicos tienen el potencial de cambio más bajo (Piore, 1979). Los asentamientos permanentes tienen mayor alcance, pero incluso en estos casos su potencial para provocar transformaciones profundas en los países receptores es limitado. A menos que la inmigración se convierta en un «movimiento telúrico» que arrolle las estructuras de poder existentes, su capacidad de provocar un cambio social profundo es limitado. Para evitar que la inmigración afecte a las sociedades receptoras de la misma manera que las invasiones bárbaras afectaron a Roma, existe una red institucional que defiende la primacía de los valores y estructuras normativas y, por encima de todo, se encuentra el Estado. Los Estados modernos son lo suficientemente poderosos para asegurarse de que el cambio provocado por las migraciones no se les vaya de las manos y, por supuesto, que no haya un enfrentamiento entre éste y los pilares culturales y estructurales de base de los países receptores.

El «choque asimilativo» representado en la Figura 2 tiene claramente varias consecuencias importantes, pero éstas no son de tipo revolucionario. Dejando de lado, por el momento, los movimientos cíclicos, es un hecho que incluso quienes se asientan de forma permanente son incapaces y, en su mayoría, no están dispuestos a enfrentarse al poder del país receptor. En lugar de esto, buscan diversas formas de acomodación que dependen del tercer factor mencionado anteriormente, es decir, de la composición de clases de cada flujo. Los migrantes que poseen un alto capital humano tienden a aculturarse rápidamente y buscan formar parte de la clase media, apoyándose en sus habilidades profesionales y sus recursos culturales; los trabajadores manuales se concentran en áreas pobres y marginales, dando lugar allí a toda una serie de organizaciones religiosas, culturales y deportivas para su bienestar y autodefensa; los flujos migratorios con diversidad de clases sociales normalmente se convierten en enclaves institucionalmente completos en los que los migrantes se abren su propio camino hacia la movilidad económica ascendente.

Frecuentemente la presencia de estas subsociedades extranjeras capta la atención de nativistas y otros observadores, lo cual lleva a la afirmación de que la migración está «remodelando la sociedad». En realidad, nada de esto sucede. Las migraciones pueden transformar el «aspecto» y la composición étnica de las clases obreras sin transformar el orden social de base. En Estados Unidos, las comunidades de migrantes de clase trabajadora prácticamente desaparecen con la movilidad profesional y residencial de la segunda generación, como sucedió con tantas de las «Pequeñas Italias» y «Pequeñas Polonias» que antes se encontraban esparcidas por las ciudades del este y de la región norte-centro de Estados Unidos (Alba, 1985; Dinnerstein, 1977; Thomas y Znaniecki 1927: 1511-1549). También ocurre que el racismo, así como otras fuerzas estructurales, pueden llegar a mantener a la segunda generación encerrada en las mismas zonas marginales habitadas por sus padres, zonas que más tarde degeneran en *ghettos* urbanos, lugares de subordinación y desventaja permanente (Wacquant y Wilson, 1989; Mills, 1967; Vigil, 2002). El problema que representan estas

áreas para los diseñadores de políticas posteriores es precisamente cómo hacer que se unan a, y no que rediseñen, la sociedad dominante (Wilson, 1987; Barrera, 1980; Bean y Stevens, 2003).

Como se vio anteriormente, los enclaves étnicos en ocasiones son caminos para la movilidad. Estos enclaves tienden a desaparecer a lo largo de dos o tres generaciones, a menos que continúe la migración de las sociedades emisoras. Aunque es cierto que los judíos-estadounidenses en su día y los cubanos-estadounidenses hoy, han alcanzado las posiciones más altas en la estructura de clases de sus respectivas ciudades, esto lo lograron precisamente por *ajustarse* al conjunto de valores norteamericano y a su sistema legal, no por desafiarlos. Aunque para las élites locales desplazadas del poder en una ciudad como Miami, las olas sucesivas de exiliados cubanos puedan haber parecido «telúricas», el hecho es que el ascenso de los recién llegados se llevó a cabo siguiendo las reglas institucionales ya existentes (Portes y Stepick, 1993). Hoy en día, es posible que el jefe de una gran compañía anónima neoyorquina se apellide Lowenstein en lugar de Johnston, y que el alcalde del condado de Miami-Dale sea un Álvarez en vez de un King, pero el orden normativo que rige en la compañía, en el condado y en la sociedad más amplia de la cual ambos forman parte, prácticamente no ha cambiado, y sigue siendo claramente norteamericano.

El choque de asimilación que vemos en la Figura 2 presenta otra consecuencia social importante, esto es, la activación de sentimientos nacionalistas y patrióticos dentro de las sociedades receptoras. Provocados, en parte, por el miedo a que el flujo de extranjeros termine por ser abrumador, estos ataques —de los cuales el «Desafío Hispano» de Huntington es el ejemplo más reciente— tienen varias consecuencias. Desde un punto de vista positivo, reavivan el sentimiento patriótico y, paradójicamente, hacen de la presencia de migrantes una oportunidad para reafirmar los valores y las tradiciones nacionales. Desde el lado negativo, estigmatizan seriamente a los migrantes y empujan hacia las capas más bajas del sistema de estatus y de la estructura de clases de la sociedad a los grupos menos capaces de defenderse (Fernández-Kelly y Konczal, 2005). Estas condiciones se convierten en el prelude de una profecía que se autocumple, en la cual el racismo bloquea el acceso a los canales para la movilidad, creando así las bases para la movilidad descendiente en la segunda generación y la perpetuación de la pobreza, las desventajas y la desviación social (Portes y Zhou, 1993; Wacquant y Wilson, 1989).

Que los descendientes de inmigrantes se encuentren en los niveles altos o bajos del sistema social de clases, no altera su estructura fundamental; son simplemente nuevos nombres y caras que ocupan los diferentes estratos de este sistema. La «diversidad» que las migraciones en masa traen consigo consiste precisamente en que cada vez hay más gente nueva y étnicamente distinta ocupando roles en organizaciones ya existentes. Algunas normas institucionales pueden haber cambiado para hacer lugar a esta población como, por ejemplo, el que los servicios a disposición del público estén en varios idiomas. Sin embargo, las instituciones públicas y privadas que deciden hacer esto, así como el sistema de clases subyacente se mantienen intactos. Aparte de crear «diversidad en las calles» y de construir subsociedades marginales —algunas de las cuales conducen a la movilidad ascendente, mientras que otras lo hacen hacia la pobreza permanente— el potencial de cambio de la migración es limitado. No cabe duda de que algunos hábitos alimenticios y costumbres terminan por filtrarse

dentro de la cultura dominante, pero la base del sistema de valores y la estructura de poder que opera por medio de la red institucional existente se cerciorará de que cualquier tipo de fusión (*melting*) que llegue a producirse sea decididamente asimétrica.

b. Sociedades emisoras

La misma distinción entre la importancia estructural y el potencial de cambio de los flujos migratorios es aplicable a los países y regiones emisores. Dicho de otra forma, en muchos casos, estos flujos pueden llegar a reforzar o estabilizar el orden socio-político existente, en lugar de transformarlo. Esto ocurre, por ejemplo, cuando la emigración proporciona una válvula de escape económica, mitigando así la presión del descontento popular sobre las elites y permitiéndoles mantener sus privilegios (Robinson, 1996; Ariza y Portes, 2007). Existe un efecto similar asociado a los flujos de remesas, que pueden llegar a alcanzar un tamaño suficiente como para resolver los problemas crónicos de la balanza de pagos e, incluso, utilizarse como un colateral para asegurar préstamos exteriores (Guarnido, 2003). En estos casos, queda claro que la migración adquiere una «importancia estructural» para el país emisor, pero su efecto principal es el de consolidar las estructuras de clase ya existentes, en lugar de transformarlas de modo significativo. Ésta es la razón por la cual muchos académicos de estos países se han unido en contra de la emigración masiva, puesto que ven en ella no sólo un indicador del subdesarrollo, sino una de las causas de su perpetuación (Delgado-Wise y Cypher, 2007).

La distinción entre emigración circular y emigración permanente es también relevante aquí. Los flujos circulares tienen una menor posibilidad de dejar una marca en la estructura cultural y social de las regiones emisoras debido a que se espera que los trabajadores migrantes vuelvan después de haber pasado un periodo corto en el extranjero. La forma en que Stark (1991) y Massey *et al.* (2002) describen este escenario es que las remesas y los ahorros de los migrantes contribuyen a superar la inexistencia o imperfección del crédito local y los mercados de futuros, fortaleciendo así la economía de las regiones emisoras y facilitando su expansión. El potencial de cambio de este tipo de flujos depende en gran medida del régimen político dominante. Las elites tradicionales pueden fomentar la migración circular como un modo de aliviar las desigualdades y la pobreza nacionales, ayudando de esta forma a consolidar el *statu quo*. Regímenes más progresistas pueden intentar encauzar las remesas e inversiones siguiendo vías que lleven a un desarrollo local más rápido (González-Gutiérrez, 2005; Portes, 2007). En ambos casos, el potencial de cambio de los flujos circulares se ve limitado por su carácter temporal que lleva a que su impacto se sienta más bien a nivel de las localidades y regiones emisoras y no en la sociedad entera.

Las transformaciones de mayor alcance se asocian generalmente a la aparición y consolidación de grandes comunidades de expatriados. Las consecuencias resultantes de las emigraciones masivas permanentes y semipermanentes no siempre son positivas. Mientras que en algunos casos pueden provocar innovaciones significativas e inyectar de nuevo dinamismo a las economías locales, en otros simplemente agravan los problemas y desequilibrios que afectan de forma crónica a las sociedades más pobres. Para ilustrar esto, podemos citar tres de estas consecuencias.

En primer lugar, la emigración permanente puede terminar por despoblar regiones enteras. La «dependencia de trayecto» (*path dependence*) de la migración generalmente reduce los costos y riesgos del viaje a medida que se acumula la experiencia y las comunidades de migrantes se consolidan en el extranjero (Tilly, 1990; Massey, 1987). Si este proceso continúa, puede terminar, a largo plazo, por eliminar el mismo fundamento demográfico para el desarrollo, ya que cada vez menos adultos capacitados se quedan atrás. Como señaló recientemente Arias (2008), la emigración continuada desde el campo mexicano ha transformado grandes áreas en lugares semivacíos en los que las autoridades ya no ven ningún potencial para el desarrollo, sino sólo espacios en los que se pueden implementar programas de asistencia social. Informes empíricos similares llegan de otros países de emigración, como son Marruecos y Turquía (Lacroix, 2005).

En segundo lugar, cuando no se trata de un vacío demográfico, la cultura de las regiones emisoras e incluso del país entero puede llegar a transnacionalizarse completamente. Esto significa que el sistema de valores y el patrón de expectativas normativas se ven cada vez más afectados por «importaciones», en especial aquellas de las comunidades de expatriados. En sus estudios sobre las migraciones brasileña y dominicana a Estados Unidos, Levitt señala cómo han sido culturalmente transformadas las ciudades y regiones emisoras por los bienes de consumo, los valores y los marcos cognitivos difundidos desde Estados Unidos. De esta forma, los brasileños y dominicanos se «transnacionalizan» sin siquiera haber salido de sus países.

«En Miraflores, los aldeanos muchas veces visten camisetas que llevan el nombre de empresas de Massachusetts, aunque no sepan lo que significan estas palabras o logos. Sirven con orgullo café con Cremora y jugo hecho a base de Tang a los visitantes... y casi todos, incluyendo los miembros mayores de la comunidad, pueden hablar sobre “La Mozart” o “La Centre”: el parque de la calle Mozart o la calle Centre Street, dos puntos centrales para la comunidad dominicana inmigrante de Jamaica Plain» (Levitt, 2001: 2-3).

Estas transferencias culturales provocadoras de cambio afectan no sólo a ciudades, sino a países enteros. En El Salvador, al que podría considerarse el país más afectado por este proceso, los investigadores señalan que los telediaristas a menudo dedican más tiempo a los hechos que ocurren en Los Ángeles que a los que se producen en la capital del propio país (Lungo y Kandel, 1999). Levitt (2001) denomina a estas transferencias «remesas sociales». Aunque como ya mencionamos antes, las consecuencias pueden ser positivas, como por ejemplo la transmisión de información sanitaria y de nuevas destrezas técnicas, en otros casos el resultado es más dudoso. Éste es, en particular, el caso en las ocasiones en que las expectativas de movilidad entre los jóvenes empiezan a estar enfocadas hacia la emigración, descuidando la educación y la búsqueda de oportunidades laborales en su propia sociedad. Los académicos de muchos países emisores informan de que, cada vez más, los jóvenes «cuentan el tiempo» durante la adolescencia, mientras esperan su oportunidad de trasladarse y vivir en el extranjero (Arias, 2008; Lungo y Kandel, 1999; López Castro, 2007). Es claro que una generación que siente tanto desafecto no es buen presagio para el futuro desarrollo de un país.

En tercer lugar se encuentra un nuevo efecto inesperado ligado a la migración permanente y que ha merecido la atención creciente de los académicos y diseñadores de políticas. Los migrantes pobres que se establecen de forma permanente en el extranjero normalmente llevan a sus familias consigo, incluyendo a niños pequeños. En los Estados Unidos, estas familias se asientan en áreas marginales en las que los niños se ven enfrentados a una serie de obstáculos para una adaptación exitosa: escuelas que parecen prisiones, racismo y discriminación por profesores y tutores nativos, violencia callejera y la omnipresencia del narcotráfico. Dichos obstáculos pueden llevar, en muchas ocasiones, al abandono escolar prematuro, a unirse a bandas, a enfrentamientos callejeros violentos, y a arresto y encarcelamiento tempranos. Estos resultados negativos del proceso de adaptación están bien documentados en la literatura de investigación y se denominan colectivamente «asimilación descendente» (Portes y Zhou, 1993; Portes *et al.*, 2005; Rumbaut, 2005).

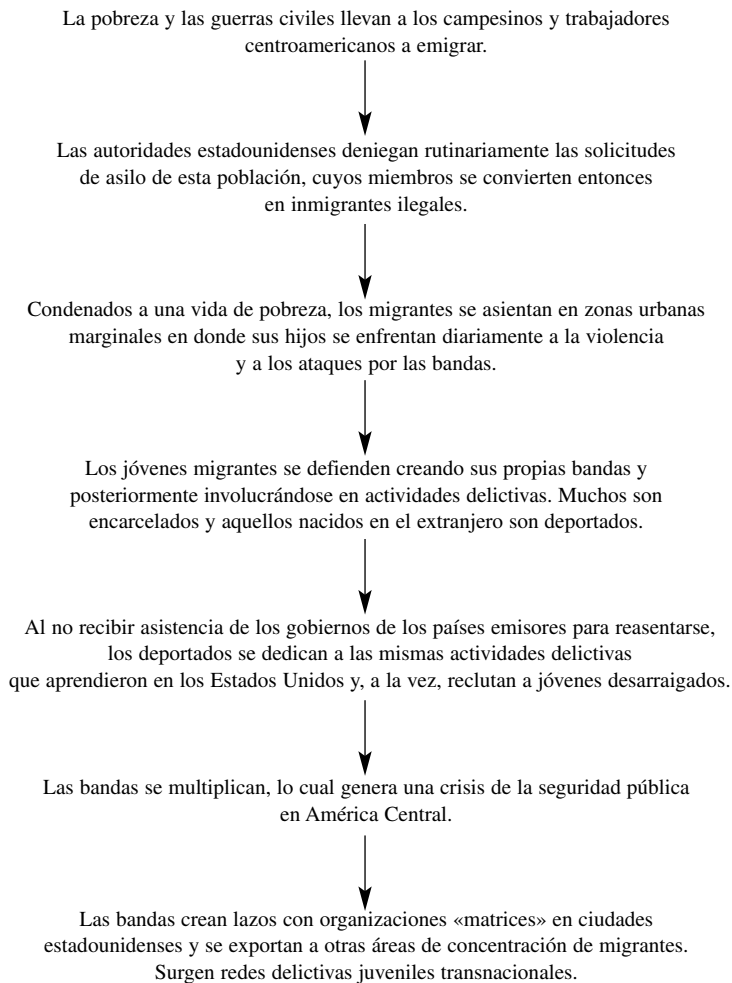
Los jóvenes que sufren este proceso pueden perderse no sólo para sus países de origen, sino también para sus familias y para sí mismos. Como vemos en la Figura 3, el proceso no termina aquí. Al conjunto de niños extranjeros que crecieron en las sociedades receptoras se les conoce como la «generación 1.5» (Rumbaut, 2004). Los miembros de esta generación en Estados Unidos que han sido condenados de un delito grave pueden ser deportados. Ésta ha sido la suerte de muchos miembros de bandas y otros jóvenes que actúan de forma contraria a la ley. Una vez de vuelta en el país de sus padres, estos «hijos de las calles norteamericanas» (Allegro, 2006) se ven normalmente obligados a valerse por sí mismos. No sorprende que busquen reproducir y poner en práctica los mismos patrones que aprendieron durante su experiencia en bandas. Envueltos en el prestigio de lo estadounidense, tienden a impresionar a los jóvenes desafectados del barrio y les cuesta poco trabajo reclutarlos. El resultado es la aparición y proliferación de la cultura de bandas donde antes no existía (Lungo y Kandel, 1999; Boerman, 2007).

Las llamadas «maras» o pandillas juveniles se han extendido como el fuego en países de Centroamérica y partes de México, aterrorizando a los ciudadanos y convirtiéndose en el problema principal para la seguridad pública en muchas ciudades. Debido a la repentina preocupación por este problema, hay dos hechos que tienden a ser olvidados. En primer lugar, las raíces de este fenómeno se encuentran en el contexto social al que se enfrentan los jóvenes migrantes en la sociedad estadounidense, que lleva a la «asimilación descendente». Este concepto proporciona el eje teórico principal entre lo que les sucede en el extranjero a las familias que migran y las repercusiones en sus países de origen. En segundo lugar, los miembros de una banda deportados son «remesas sociales». El entusiasmo despertado por el aumento de las remesas monetarias de la primera generación de migrantes llevó a los funcionarios y economistas en los países emisores a pasar por alto lo que estaba ocurriendo al margen. Hoy en día, el coste de las deportaciones incluso compite con los supuestos beneficios de las transferencias económicas:

«Los centroamericanos se encuentran entre los grupos nacionales con las tasas más altas de expulsiones forzadas tanto de criminales como de no criminales. Mientras que el problema de la deportación prácticamente termina para Estados Unidos una vez que los deportados son enviados a “casa”, el impacto para los países receptores representa un continuo desafío, mientras las nuevas democracias luchan con la creciente violencia provocada por las bandas, aporte de los jóvenes expatriados “hechos en Estados Unidos”» (Allegro, 20006).

La «mara Salvatrucha», supuestamente la más poderosa de estas pandillas transnacionales, fue creada en Los Ángeles por inmigrantes jóvenes salvadoreños que buscaban repeler el racismo blanco y defenderse de los ataques de otras bandas más antiguas de negros o mexico-estadounidenses. La transformación que han provocado en las sociedades emisoras es una forma de cambio inducido por la migración, aunque no del tipo normalmente mencionado en la literatura teórica. Las consecuencias no han sido ni positivas, ni despreciables: las bandas literalmente se han apoderado de los barrios urbanos, han desafiado las fuerzas de seguridad pública en guerras abiertas, y han creado una nueva e inesperada crisis en países que, de por sí, ya están luchando con los muchos problemas que acompañan al subdesarrollo (Boerman, 2007; Grascia, 2004).

FIGURA 3
ASIMILACIÓN DESCENDENTE EN LA SEGUNDA GENERACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS
SOBRE LAS SOCIEDADES DE ORIGEN



Para equilibrar el panorama, las comunidades de expatriados, bajo ciertas condiciones, también pueden tener efectos positivos sobre las sociedades receptoras. Uno de los ejemplos más significativos son las transferencias tecnológicas y el *know-how* que los migrantes profesionales llevan a sus países de origen. También son «remesas», pero de otro tipo. Consisten en actividades empresariales y filantrópicas por parte de inmigrantes de alto capital humano que vuelven a casa una vez consolidada su posición en el extranjero, ya sea para fundar nuevas empresas o para dar apoyo a instituciones científico-tecnológicas. Saxenian (2006) ha llevado a cabo un estudio exhaustivo sobre lo que ella llama «los nuevos argonautas», ingenieros migrantes chinos, hindúes e israelíes de Silicon Valley, que han revolucionado la industria de alta tecnología de sus propios países. Al mismo tiempo han creado grandes polos de desarrollo en ciudades como Bangalore en la India, Hsinchu y Shanghai en China y Tel Aviv en Israel. El rápido desarrollo tecnológico de la India y de ciertas regiones de China en los últimos años se debe, en gran medida, a las actividades transnacionales de sus expatriados conocedores de alta tecnología, sumados a un ambiente institucional receptivo en sus países de origen (Saxenian, 2006). Es evidente, por tanto, que estas transferencias pueden llegar a tener un gran impacto sobre el desarrollo económico a nivel nacional.

El segundo efecto potencialmente positivo de las grandes comunidades de expatriados consiste en su capacidad de votar en las elecciones nacionales sin la presión clientelista y coactiva ejercida por las elites políticas ante un electorado nacional cautivo. Una vez que obtienen el derecho a votar desde el extranjero, los expatriados pueden funcionar como una poderosa fuerza moralizadora y como una palanca política potencialmente decisiva. Estudios recientes sobre la votación de migrantes en elecciones nacionales muestran que este potencial todavía está lejos de verse realizado (Itzigsohn y Villacrés, 2008; Smith, 2008). Aun cuando legalmente tienen el derecho a hacerlo, los migrantes se ven enfrentados a tantos obstáculos a la hora de votar que únicamente una minoría comprometida lo realiza. Smith (2008) y otros sugieren que esto puede deberse, al menos en parte, a la acción de las elites políticas afianzadas de sus países que tienen miedo del impacto del voto expatriado sobre sus intereses. Aunque hasta el momento no se haya puesto en práctica, el potencial que un gran electorado formado por migrantes puede tener sobre las políticas de un país sigue estando presente (Itzigsohn y Villacrés, 2008; Baubock, 2003). Una vez conquistado el derecho al voto, que las organizaciones de migrantes se preparen para asegurarse que esto se cumpla parece sólo cuestión de tiempo.

El cambio provocado por la migración, ya sea positivo o negativo, tiende a tener un mayor alcance en las sociedades y regiones emisoras que en las receptoras. Esto se debe, en buena parte, a la distribución asimétrica en el sistema global del poder económico, el saber tecnológico y la influencia cultural, lo que favorece a las regiones y países «centrales» (Arrighi, 1994; Hopkins y Wallerstein, 1977). Por extensión, grandes comunidades de expatriados establecidas en sociedades avanzadas adquieren por ello una ventaja económica, tecnológica y cultural sobre quienes se quedaron atrás. Esta ventaja, unida a la relativa debilidad institucional y organizativa de los países periféricos, permite que la influencia de las comunidades de migrantes alcance una «mayor profundidad» sobre las estructuras culturales y sociales de sus propias sociedades, provocando así cambios más allá del nivel superficial. Lógicamente, cuanto más grandes y mejor equipadas en recursos estén las comunidades

de migrantes en relación con sus países de origen, más profundos serán los cambios que provoquen. Es por esto que pequeños países con una población emigrante numerosa, como El Salvador y la República Dominicana, han sido completamente «transnacionalizados», mientras países más grandes como México, a pesar de una emigración constante, hasta ahora sólo han experimentado cambios sociales profundos sobre todo a nivel regional. La Figura 4 resume el debate precedente por medio de una tipología de las migraciones y sus efectos en los países emisores y receptores.

FIGURA 4
TIPOS DE MIGRACIONES Y SU POTENCIAL DE CAMBIO

| | FLUJO MIGRATORIO | |
|---------------------------|--|---|
| | A CORTO PLAZO (CÍCLICO) | A LARGO PLAZO (PERMANENTE) |
| <i>Sociedad emisora</i> | <ul style="list-style-type: none"> • Remesas e inversiones contribuyen a estabilizar las economías locales. El potencial de desarrollo depende del tipo de régimen político. | <ul style="list-style-type: none"> • Despoblación de las regiones emisoras. • Transnacionalización de la cultura. • Las remesas económicas alivian la pobreza, pero apoyan la estructura de clases existente. • Transformaciones políticas posibles a través de la votación en grupo de los migrantes en las elecciones nacionales. |
| <i>Sociedad receptora</i> | <ul style="list-style-type: none"> • Adaptaciones institucionales económicas y políticas menores. • La razón principal es satisfacer las necesidades del mercado de trabajo, contribuyendo así al crecimiento económico. | <ul style="list-style-type: none"> • Aparición de asentamientos de clase trabajadora y enclaves étnicos. • Creciente diversidad étnica en la clase trabajadora y, en algunos casos, en las elites locales. • Algunas transformaciones institucionales y normativas para dar cabida a la diversidad. |

CONCLUSIÓN

El objetivo de este ensayo era el de aclarar el concepto de cambio social tal como ha evolucionado dentro de la teoría sociológica; extraer de su evolución lecciones básicas; y relacionarlo a la migración, como consecuencia y como causa. Para concluir, vale la pena subrayar el punto conceptual principal que ha guiado mi análisis del potencial de cambio de la migración tanto para los países emisores, como para los receptores. Ésta es la noción de que la sociedad no es simplemente un terreno de juego plano formado por la simple suma de individuos. Todo lo contrario. Es compleja y jerárquica, tanto en sus elementos constitutivos como en su receptividad o resistencia ante las fuerzas que provocan el cambio.

El punto de vista del «terreno de juego plano» lleva a un análisis demográfico de los efectos de la migración, según el cual cuanto mayor sea el número de personas que llegan o se van, mayor será la magnitud del cambio. Éste es el tipo de análisis que ha llevado a la conclusión de que la «migración está remodelando la sociedad estadounidense», debido a la cantidad y diversidad de la población foránea. Como hemos visto, esta conclusión es errónea, puesto que se centra en el plano visible de la vida social, obviando factores culturales y estructurales más fundamentales. A nivel superficial, la idea de que la migración está cambiando la sociedad es evidente en las nuevas vistas, los nuevos sonidos y olores que trae consigo una población creciente de extranjeros. Un análisis sociológico bien fundado no acepta esta conclusión: a pesar de su volumen, los flujos migratorios pueden dejar intactos, e incluso reforzar, los elementos constitutivos fundamentales de las sociedades receptoras. Para poder afirmar que la migración realmente está transformándolos, uno necesitaría demostrar que su potencial de cambio alcanza a dichos elementos. Esto únicamente sucede bajo circunstancias excepcionales.

Una segunda consideración apunta al componente común de evaluación en los análisis del cambio social. Debido quizá a la aversión por las estructuras de poder afianzadas y a la simpatía con la difícil situación de los oprimidos, muchos científicos sociales tienden a ver el cambio como algo positivo, especialmente cuando éste es de tipo revolucionario. El potencial de la migración de provocar cambio es, por extensión, considerado también como algo positivo. En realidad, el cambio no siempre es mejor que la estabilidad y, como muestran los ejemplos antes mencionados, los movimientos de población pueden tener tanto consecuencias positivas como negativas.

Una tercera consideración metodológica está relacionada con la necesidad de examinar, bajo una mirada transnacional, la relación que existe entre la migración y el cambio, debido a la cada vez mayor presencia del sistema global. Las poblaciones migrantes no siempre afectaron a las sociedades receptoras «una vez que estaban ahí asentadas», ni transformaron las regiones de origen «cuando se fueron». Al contrario, el potencial de cambio de la migración muchas veces se gesta en acontecimientos que ocurrieron «allá» y no «aquí». Esto se ve claramente en el impacto de las remesas sociales en los lugares de origen. Como vemos en la Figura 3, la grave situación de la seguridad pública en América Central tuvo su origen en las calles de Los Ángeles, entre jóvenes que se habían ido con sus familias años antes. De la misma forma, el desplazamiento del poder político de las elites angloamericanas a las cubano-americanas en el sur de Florida en los años ochenta y noventa no se debió a hechos ocurridos en Miami, sino a las convulsiones revolucionarias que ocurrieron dos décadas antes en la isla.

Una última cuestión se refiere al marco de referencia temporal adecuado para el análisis de la migración y sus consecuencias. Un enfoque a corto plazo, centrado en el proceso mientras está ocurriendo, proporcionará muchos detalles, pero pasará por alto sus efectos más duraderos. Si volvemos a los ejemplos citados anteriormente, la aparición de las maras como una consecuencia de la migración desde El Salvador y otras regiones centroamericanas se desarrolló durante tres décadas; la toma del poder político por los exiliados cubanos de clase media en Miami tomó aproximadamente la misma cantidad de tiempo.

Por otra parte, el ver las cosas desde una mirada histórica de largo plazo puede también obviar importantes consecuencias provocadas por el cambio, puesto que es posible que ya

hayan sido asimiladas en la cultura y las estructuras de clase de la sociedad. La perspectiva asimilacionista de los estudios sobre migración en Estados Unidos normalmente toma esta perspectiva a largo plazo del proceso, por lo que parece que éste ha sido gradual y sin sobresaltos. Es evidente que, a largo plazo, los inmigrantes se asimilan, se van o se mueren, y su huella es debidamente absorbida por las instituciones de la sociedad receptora. Desde esta óptica, la asimilación parece inevitable; pero esta conclusión olvida las muchas excepciones, contradicciones y fracasos que ocurrieron a lo largo del camino. Como dice Gans (1992), el proceso de incorporación de los flujos de inmigrantes es forzosamente «accidentado».

Es por esta razón que un marco temporal intermedio, que abarque entre dos o tres generaciones, sería el más adecuado. No es tan inmediato como para que los árboles no dejen ver el bosque; ni lo suficientemente alejado como para no ver los árboles que fueron cayendo mientras el bosque se iba reconstruyendo. Ésta es la razón por la cual aún es demasiado temprano para poder juzgar los efectos de muchos flujos contemporáneos, incluyendo los que ahora están llegando a los nuevos países de inmigración de Europa Occidental. Las consecuencias duraderas de este tipo de movimientos, mientras evolucionan en un sistema global cada vez más transnacionalizado, no pueden ser precisados con certeza ahora. Como científicos sociales, debemos tener paciencia y esperar a ver cómo se desarrollan. Pueden repetir las lecciones del pasado, como aquellas bien trazadas por las migraciones de europeos a América, o trazar nuevos caminos, con consecuencias hasta ahora inesperadas para los lugares que dejan detrás y aquellos en los que han decidido hacer sus vidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBA, F. (1978), «Mexico's International Migration as a Manifestation of Its Development Pattern», *International Migration Review*, 12: 502-551.
- ALBA, R. (1985), *Italian Americans: Into the Twilight of Ethnicity*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- ALBA, R. y NEE, V. (2003), *Remaking the American Mainstream: Assimilation and Contemporary Immigration*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- ALLEGRO, L. (2006), «Deportation of "Illegal Aliens" under a Neoliberal Security Agenda: Implications for Central America», *Ameriquist (on line)*, 3, 1.
- ANDERSON, G. M. (1974), *Networks of Contact: The Portuguese and Toronto*, Ontario, Wilfrid Laurier University Press.
- ARIAS, P. (2008), «Mexico's Rural Agenda: Themes and Dilemmas», lecture delivered at the Center for Migration and Development, Princeton University, abril.
- ARIZA, M. y PORTES, A. (2007), «La migración internacional de mexicanos: escenarios y desafíos de cara a un nuevo siglo», en *El País Transnacional*, de M. Ariza y A. Portes (eds.), México DF, IIS/National University of Mexico Press.
- ARRIGHI, G. (1994), *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres, Verso Books.
- BAILEY, T. y WALDINGER, R. (1991), «Primary, Secondary, and Enclave Labor Markets: A Training System Approach», *American Sociological Review*, 56: 432-445.

- BALMES, J. (1961), *El Criterio*, Barcelona, Editorial Balmesiana, 9ª ed.
- BARRERA, M. (1980), *Race and Class in the Southwest: A Theory of Racial Inequality*, Notre Dame, IN, Notre Dame University Press.
- BAUBOCK, R. (2003), «Toward a Political Theory of Migrant Transnationalism», *International Migration Review*, 37: 700-723.
- BEAN, F. D. y STEVENS, G. (2003), *America's Newcomers and the Dynamics of Diversity*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- BOERMAN, T. (2007), «Central American Gangs: An Overview of the Phenomenon in Latin America and the US», *Journal of Gang Research*, 15 (1): 35-52.
- BORJAS, G. J. (2001), *Heaven's Door: Immigration Policy and the American Economy*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- BOURDIEU, P. (1990), *The Logic of Practice*, Stanford, Stanford University Press.
- BRAUDEL, F. (1973), *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. II, Nueva York, Harper Colophon Books [e.o. 1949].
- BRIMELOW, P. (1995), *Alien Nation, Common Sense about America's Immigration Disaster*, Nueva York, Random House.
- CASTLES, S. (2004), «The Factors that Make and Unmake Migration Policies», *International Migration Review*, 38: 852-884.
- CASTLES, S. y KOSACK, G. (1973), *Immigrant Workers and the Class Structure of Western Europe*, Londres, Oxford University Press.
- COLLINS, R. (1988), *Theoretical Sociology*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.
- CORNELIUS, W. A. (1998), «The Structural Embeddedness of Demand for Mexican Immigrant Labor: New Evidence from California», en M. Suarez-Orozco (ed.), *Crossings, Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspective*, Cambridge, Center for Latin American Studies, Harvard University.
- COSER, L. (1956), *The Functions of Social Conflict*, Nueva York, Free Press.
- DAHRENDORF, R. (1959), *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford, CA, Stanford University Press.
- DELGADO-WISE R. y CYPHER, J. M. (2007), «The Strategic Role of Mexican Labor under NAFTA: Critical Perspectives on Current Economic Integration», *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 610: 120-142.
- DOBB, M. (1963), *Studies in the Development of Capitalism*, Nueva York, International Publishers [e.o. 1947].
- FERNÁNDEZ-KELLY, P. y KONCZAL, L. (2005), «“Murdering the Alphabet”: Identity and Entrepreneurship among Second Generation Cubans, West Indians, and Central Americans», *Ethnic and Racial Studies*, 28: 1153-1181.
- GANS, H. (1992), «Second-Generation Decline: Scenarios for the Economic and Ethnic Futures of the Post-1965 American Immigrants», *Ethnic and Racial Studies*, 15: 173-92.
- GOLDSCHIEDER, C. (1986), *Jewish Continuity and Change: Emerging Patterns in America*, Bloomington, IN, Indiana University Press.
- GRANT, M. (1916), *The Passing of the Great Race or the Racial Basis of European History*, Nueva York, Charles Scribner's Sons.

- GRASCIA, A. M. (2004), «Gang Violence: Mara Salvatrucha-Forever Salvador», *Journal of Gang Research*, 11 (2): 29-63.
- GREIF, A. (2006), *Institutions and the Path to the Modern Economy: Lessons from Medieval Trade*, Nueva York, Cambridge University Press.
- GUARNIZO, L. E. (2003), «The Economics of Transnational Living», *International Migration Review*, 37: 666-699.
- HIRSCHMAN, C. y WONG, M. G. (1986), «The Extraordinary Educational Attainment of Asian Americans: A Search for Historical Evidence and Explanations», *Social Forces*, 65: 1-27.
- HOLLIFIELD, J. (2004), «The Emerging Migration State», *International Migration Review*, 38: 885-912.
- HOPKINS, T. K. y WALLERSTEIN, I. (1977), «Patterns of Development in the Modern World-System», *Review*, 1: 111-45.
- HOWE, I. (1976), *World of Our Fathers*, Nueva York, Harcourt, Brace, and Jovanovich.
- HUNTINGTON, S. P. (2004), *Who Are We?*, Nueva York, Simon and Schuster.
- ITZIGSOHN, J. y VILLACRES, D. (2008), «Migrant Political Transnationalism and the Practice of Democracy: Dominican External Voting Rights and Salvadoran Home Town Associations», *Ethnic and Racial Studies*, 31: 664-686.
- KASINITZ, P., MOLLENKOPF, J. H., WATERS, M. C. y HOLDAWAY, J. (2008), *Inheriting the City: The Children of Immigrants Coming of Age*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- KINCAID, H. (1996), *Philosophical Foundations of the Social Sciences*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- LACROIX, T. (2005), *Les Réseaux Marocains du Développement*, París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques.
- LAMM, R. D. y IMHOFF, G. (1985), *The Immigration Time Bomb: The Fragmenting of America*, Nueva York, Dutton.
- LEVITT, P. (2001), *The Transnational Villagers*, Berkeley, CA, University of California Press.
- LÓPEZ CASTRO, G. (2007), «Niños, Socialización y Migración a Estados Unidos», en *El País Transnacional*, de M. Ariza y A. Portes (eds.), México DF, IIS/National University of Mexico Press.
- LUNGO, M. y KANDEL, S. (1999), *Transformando El Salvador: Migración, Sociedad y Cultura*, San Salvador, Fundación Nacional para el Desarrollo.
- MANDEL, E. (1978), *Late Capitalism*, Londres, Verso Books.
- MARITAIN, J. (1960), *Filosofía de la Historia*, J. García Venturia. Buenos Aires, Ediciones Troquel.
- (1963), *Introducción a la Filosofía*, Leandro de Sesma, trans., Buenos Aires, Club de Lectores.
- MARX, K. (1963), *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte*, Nueva York, International Publishers [e.o. 1869].
- (1964), *The German Ideology*, Nueva York, International Publishers [e.o. 1848].
- MASSEY, D. S. (1990), «Social Structure, Household Strategies, and the Cumulative Causation of Migration», *Population Index*, 56: 3-26.

- MASSEY, D. S., ARANGO, J., HUGO, G., KOUAOUCI, A., PELLEGRINO, A. y TAYLOR, J. E. (1998), *Worlds in Motion: Understanding International Migration at the End of the Millennium*, Oxford, UK, Clarendon Press.
- MASSEY, D. S., DURAND, J. y MALONE, N. J. (2002), *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in an Era of Economic Integration*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- MERTON, R. K. (1968), «On the History and Systematics of Sociological Theory», en *Social Theory and Social Structure*, Nueva York, The Free Press.
- MILLS, C. W. (1967), *The Puerto Rican Journey: New York's Newest Migrants*, Nueva York, Russell & Russell.
- ORTEGA y GASSET, J. (1958), *Historia como Sistema*, Madrid, Revista de Occidente.
- PARSONS, T. (1951), *The Social System*, Nueva York, The Free Press of Glencore.
- PARSONS, T. y SMELSER, N. (1956), *Economy and Society*, Nueva York, Free Press.
- PHELAN, J. L. (1969), «The Problem of Conflicting Spanish Imperial Ideologies in the Sixteenth Century», en F. B. Pike (ed.), *Latin American History: Selected Problems*, Nueva York, Harcourt.
- PIORE, M. (1979), *Birds of Passage*, Cambridge, MA, Cambridge University Press.
- PIRENNE, H. (1970), *Medieval Cities: Their Origins and the Revival of Trade*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- PORTES, A. (1976), «Determinants of the Brain Drain», *International Migration Review*, 10: 489-508.
- (1999), «Immigration Theory for a New Century: Some Problems and Opportunities», en C. Hirschman, P. Kasinitz, y J. de Wind (eds.), *The Handbook of International Migration: The American Experience*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- (2006), «Institutions and Development: A Conceptual Re-Analysis», *Population and Development Review*, 32: 233-262.
- (2007), «Un diálogo Norte-Sur: el progreso de la teoría en el estudio de la migración internacional y sus implicaciones» en *El País Transnacional*, de M. Ariza y A. Portes (eds.), México DF, IIS/National University of Mexico Press.
- PORTES, A., FERNÁNDEZ-KELLY, P. y HALLER, W. (2005), «Segmented Assimilation on the Ground: The New Second Generation in Early Adulthood», *Ethnic and Racial Studies*, 28: 1000-1040.
- PORTES, A. y RUMBAUT, R. G. (2006), *Immigrant America: A Portrait*, Berkeley, University of California Press, 3ª ed.
- PORTES, A. y SHAFER, S. (2007), «Revisiting the Enclave Hypothesis: Miami Twenty-Five Years Later», *Research in the Sociology of Organizations*, 25: 157-190.
- PORTES, A. y SMITH, L. D. (2008), «Institutions and Development in Latin America: A Comparative Study», *Studies in Comparative and International Development*, 43: 105-128.
- PORTES, A. y STEPICK, A. (1993), *City on the Edge: The Transformation of Miami*, Berkeley, University of California Press.
- PORTES, A. y WALTON, J. (1981), *Labor, Class, and the International System*, Nueva York, Academic Press.

- PORTES, A. y ZHOU, M. (1993), «The New Second Generation: Segmented Assimilation and Its Variants among Post-1965 Immigrant Youth», *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 530: 74-96.
- RISCHIN, M. (1962), *The Promised City: New York Jews 1870-1914*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- ROBERTS, B. R., FRANK, R. y LOZANO-ASENCIO, F. (1999), «Transnational Migrant Communities and Mexican Migration to the United States», *Ethnic and Racial Studies*, 22: 238-66.
- ROBINSON, W. (1996), *Promoting Polyarchy: Globalization, US. Intervention, and Hegemony*, Cambridge, UK, Cambridge University Press.
- RUMBAUT, R. G. (2004), «Ages, Life Stages, and Generational Cohorts: Decomposing the Immigrant First and Second Generations in the United States», *International Migration Review*, 38: 1160-1205.
- (2005), «Turning Points in the Transition to Adulthood: Determinants of Educational Attainment, Incarceration, and Early Childbearing among Children of Immigrants», *Ethnic and Racial Studies*, 28: 1041-1086.
- SASSEN, S. (1988), *The Mobility of Labor and Capital: A Study in International Investment and Labor Flow*, Nueva York, Cambridge University Press.
- SAXENIAN, A. (2006), *The New Argonauts: Regional Advantage in a Global Economy*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- SMITH, R. C. (2008), «Contradictions of Diasporic Institutionalization of Mexican Politics: The 2006 Migrant Vote and Other Forms of Inclusion and Control», *Ethnic and Racial Studies*, 31: 708-741.
- STARK, O. (1984), «Migration Decision Making», *Journal of Development Economics*, 14: 251-59.
- (1991), *The Migration of Labour*, Cambridge, UK, Basil Blackwell.
- STEPICK, A., GRENIER, G., CASTRO, M. y DUNN, M. (2003), *This Land Is Our Land: Immigrants and Power in Miami*, Berkeley, University of California Press.
- STINCHCOMBE, A. (1968), *Constructing Social Theories*, Nueva York, Harcourt, Brace and World.
- THOMAS, B. (1973), *Migration and Economic Growth: A Study of Great Britain and the Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- THOMAS, W. I. y ZNANIECKI, F. (1927), *The Polish Peasant in Europe and America, Volume II*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- TILLY, C. (1990), «Transplanted Networks», en V. Yans-McLaughlin (ed.), *Immigration Reconsidered: History, Sociology, and Politics*, Nueva York, Oxford University Press.
- UNITED NATIONS (2002), *World Population Prospects: The 2000 Revision*, Nueva York, Department of Economics and Social Affairs, Population Division.
- VIGIL, J. D. (2002), *A Rainbow of Gangs: Street Cultures in the Mega-City*, Austin, TX, University of Texas Press.
- WACQUANT, L. y WILSON, W. J. (1989), «The Cost of Racial and Class Exclusion in the Inner City», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 501: 8-26.

- WEBER, M. (1949), *The Methodology of the Social Sciences*, Nueva York, The Free Press [e.o. 1904].
- WILSON, K. y PORTES, A. (1980), «Immigrant Enclaves: An Analysis of the Labor Market Experiences of Cubans in Miami», *American Journal of Sociology*, 86: 295-319.
- WILSON, W. J. (1987), *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*, Chicago, University of Chicago Press.
- ZHOU, M. (1992), *New York's Chinatown: The Socioeconomic Potential of an Urban Enclave*, Philadelphia, Temple University Press.
- ZHOU, M., BANKSTON, C. (1998), *Growing up American: How Vietnamese Immigrants Adapt to Life in the United States*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

Recibido: 23/02/2009

Aceptado: 25/06/2009